

buyó á eclipsar al talento, la inspiracion al arte, el poeta al literato; y aún debemos decir algo más, para concluir: el autor vió en el asunto una gran obra, y no quiso darla proporciones de tal, y el público... el público casi no vió lo que *Echegaray* habia concebido.

## CAPÍTULO II.

*Morir por no despertar y Bodas trágicas.*

Don Jaime Villena es un caballero noble y valiente, pero tan pobre como hidalgo, porque jamás fué ambicioso ni pretendió favores cortesanos, que bien pudo alcanzar por sus méritos en la guerra y la proteccion y valimiento de muy altas personas, fiando su porvenir á su espada y dándose por satisfecho con una honesta medianía.

Ama á Isabel, hija del conde de Luna, y es correspondido por ella, absorbiendo esta pasion toda su alma y todos los instantes de su vida. En la seguridad de la posesion del objeto amado y de la firmeza y constancia de su cariño, ha vivido meciéndose en las más risueñas ilusiones, hasta que un mandato del Rey impone á Isabel un esposo, que es el marqués de Baeza, su valido, y de antigua nobleza. Loco de dolor y de ira D. Jaime, va á buscar á su amada, la da un beso en la frente y, huyendo de ella, busca en la soledad lenitivo á su tormento, y se dirige á la morada del viejo Pablo, vi-

vienda desvencijada, á orillas del mar, que éste habita con su hija Rosa, y que debe á la generosidad del conde de Luna, que se la donó á ruegos de D. Jaime.

Llega allí, maldiciendo de su sino y de la ingrata que le engañó haciéndole esperar lo que no tenía ánimo de cumplir, y es afectuosamente recibido por sus moradores, que le quieren y procuran complacerle en todo lo que desea. El doncel, aunque fatigado por una veloz caminata, se resiste á acostarse en un blando lecho y prefiere pasar la noche sentado al hogar, en el que brilla alegre la lumbre. Una vez solo, se entrega al delirio de la desesperacion más amarga; acusa á Isabel, cuyas pasadas protestas de amor cree fingidas; llama á la muerte, y piensa en la traidora cuya imágen mira en todas partes, sin poder desterrarla de su mente ni de su corazón. Queda dormido; el ruido de la puerta, que cae derribada por el viento, le despierta y hace acudir adonde él á los habitantes de la casa. Jaime, que soñaba con su amada, viéndola en sueños, dulce y amante como en mejores dias, vuelve á dormirse. Pablo y su hija se vuelven á retirar, no sin tomar éste la precaucion de llevarse la espada del hidalgo, cuyo genio conoce, y de cuya febril exaltacion actual tiene hartas pruebas.

Don Jaime vuelve á dormir y á soñar, porque sólo soñando es dichoso, que en sueños ve á la que adora y oye de sus labios dulces promesas, se mira dueño de ella y con su sér confundido. Mientras duerme ahora, Isabel llega, conducida por la casualidad, que ha hecho volcar su coche cerca de allí, y lo primero que aparece

á su sorprendida mirada es la figura de Jaime dormida, de Jaime, á quien ama, á pesar de que éste la cree traidora y fementida. Él oye en sueños su voz real, que le asegura amor eterno; se agita y revuelve en su asiento; no quiere despertar por no perder la ilusion; despierta al fin, pero es cuando Isabel, no queriendo ser vista todavía, se oculta, abriendo una puerta secreta, cuya existencia conoce por haber pasado en su juventud algunas temporadas en aquella casa, que fué de su padre.

Al despertar Jaime y no hallar á la que en sueños le hablara, y sí únicamente á Rosa, que acude, interroga á ésta si en su casa se esconde alguna persona, preguntando lo mismo á Pablo, al que quiere persuadir á que le descubra una cosa que no oculta, pues ignora la presencia de Isabel allí y la existencia de la misteriosa puerta. En vano le recuerda los beneficios que le debe y le promete otros mayores, Pablo nada sabe y nada dice. Jaime le propone registrar la casa, y entre los dos la registran, sin encontrar nada ni á nadie. Vuelve el jóven á intentar conocer la verdad, que sospecha le ocultan, pues no puede convencerse de que la voz que le habló en su sueño, el aliento perfumado que acarició su rostro no fuesen realidad, y renueva á Rosa los ofrecimientos y la instancia que hizo á su padre, haciéndole jurar que no ocultan á nadie en aquella casa, lo cual la jóven no tiene inconveniente en hacer, porque se halla tan ignorante como Pablo.

Jaime se decide á averiguar el misterio por sí mismo, permaneciendo despierto; Isabel no tarda en aparecer;

esta vez se dirige á Jaime y le habla, asegurándole que le ama, que no ha dejado de amarle un momento, que anhela ser su esposa, habiendo abandonado la corte, desobedecido al Rey y roto con su familia, sólo por hallarle. Jaime la escucha embebecido, extasiado, la cree una imágen fantástica; se figura estar soñando, teme despertar, y deseando apurar las delicias de sueño tan encantador, pide un beso á Isabel; ésta duda; de pronto se oye golpear la puerta; Isabel corre á esconderse, enviándole de léjos el beso pedido; Jaime ve huir la divina vision; se cree soñando, no quiere despertar, y, buscando en la muerte la eternidad de su sueño, se hiere mortalmente y espira en brazos de Isabel, que le jura serle fiel hasta más allá de la tumba.

Tal es el argumento de esta leyenda dramática, cuya accion ha colocado el autor en el siglo XVI, como pudiera haberlo hecho en el XV ó XVII, toda vez que no tiene sabor de época alguna, ni colorido local determinado. El lugar de la misma está convenientemente elegido; pero no sin alguna violencia se comprende que vayan allí D. Jaime é Isabel, á pesar de las explicaciones de aquél y del percance del coche que ocurre á ésta.

En esta obra no se desarrolla un drama; se adivina que debió preceder á su limitada accion, y es, cuando más, un epílogo. El pensamiento es más bello que verdadero; la concepcion más brillante que razonable, sin ser del todo absurda; la forma literaria como de *Echegaray*; no hay episodios, porque no hay accion; no existen situaciones, porque no existe drama, y, por lo

tanto, apénas se delinear los caracteres, y únicamente el de Jaime se trata, no de pintar, sino de acentuar un tanto, para justificar en cierto modo su terrible resolucion, que no se comprende ni es concebible, sino en quien piense y sienta como el protagonista de la leyenda y se encuentre en las circunstancias en que él se halla. Hay más habilidad en la creacion y sostenimiento de este personaje que conciencia artística al someterlo á la contemplacion de la generalidad, que juzga siempre por impresiones, pero que acaba por condenar lo que en el primer momento creyó digno de toda alabanza si así lo cree cuando medita desapasionadamente.

El resultado no ha sido proporcionado al esfuerzo; y, á la luz de la sana crítica, si plácemes merece el autor, no así la obra, ya que sólo al genio ó á la locura es dado realizar el imposible, é imposible es el conseguir encarnar la realidad en el personaje que nos ocupa. De ahí que todo sea artificioso y convencional en esta obra, hasta el punto de que toda ella penda de un hilo, roto el cual, queda anulada, destruida, siendo precisa la acumulacion de múltiples circunstancias, muchas de ellas poco verosímiles, y casi todas forjadas *ad hoc*, para que no caiga por su base. Esto no necesita demostracion para quien haya visto ó leído la produccion, como no la necesita la afirmacion de que hay en ella un lirismo exagerado, que si es del agrado de los amantes de la armonía, no es muy adecuado á las reglas de la dramática moderna, y perjudica al efecto general, aunque por otra parte favorezca los propósitos del autor, que cuenta

con la impresion momentánea producida por un soberbio arranque de entonacion, que estaria muy en su lugar si escribiera para un momento ó una clase determinada, y no para las generaciones venideras y todo linaje de gentes. La historia es el fantasma aterrador de todos los que brillan en la humana sociedad por cualquier concepto, y la historia de la literatura dramática no perdonará lo que los contemporáneos absuelvan por benignidad ó conocimiento de las causas eficientes; y es preciso, cuando de crítica se trata y se blasona de imparcialidad y justicia, anticiparse al juicio de los que vendrán, para no hacerles formar mal concepto del criterio de los siglos anteriores, y con esto granjearnos el desdén y menosprecio con que nosotros en algunos asuntos hemos querido confundir á nuestros antecesores, ó hemos de renunciar á la idea de que el siglo XIX es el siglo de todas las revoluciones en todas las manifestaciones de la actividad y del ingenio humano. Pero esto no hace al objeto que tratamos, y sólo debe tomarse como una reflexion que justifica nuestra manera de ver la obra.

Han creido algunos hallar cierta analogía entre la misma y la famosa comedia de D. Pedro Calderon de la Barca, comparando al Jaime de *Echegaray* con el Segismundo de *La vida es sueño*, y atribuyéndoles el mismo carácter y situacion semejante. Sin tratar de rebatir esta opinion, que no deja de tener algun fundamento, vamos á manifestar las diferencias que distinguen á ambos personajes y las causas que han podido

contribuir á formarla. Como Segismundo, el protagonista de *Morir por no despertar* cree que sueña, cuando las circunstancias le colocan en situacion harto halagüeña para el que á otras bien distintas está habituado; lo mismo le sucede al otro. Pero, al paso que Jaime, al soñar, no cree posible la realidad y quiere asegurar la dicha de que goza soñando, haciendo eterno su sueño, Segismundo halla verosímil el que su sueño sea realidad, en el mero hecho de prevenirse para tal caso y obrar, en consecuencia, aleccionado por el resultado de su conducta anterior. Segismundo, pues, obra bien, aún creyendo soñar, para cuando haya despertado; Jaime, por el contrario, sólo soñando es feliz, así lo cree al ménos, y quiere hacer que su sueño no se desvanezca matándose, lo cual es un absurdo, porque, si se mata soñando, despertará vivo, y si el sueño es realidad, habrá destruido su dicha. Es más racional el personaje de Calderon; su situacion es más verosímil; las circunstancias en que se halla colocado más naturales, sin que tengan que concurrir algunas extraordinarias, ni que intervenir lo fantástico, lo casual, lo preconcebido y preparado de antemano. Si Jaime obrase con cordura; si Isabel se presentara de una vez, ya que nada debe detenerla; si, en fin, las cosas pasaran como es lo comun en la tierra, aún en aquellas épocas, la leyenda no subsistiría, y son necesarios todos esos recursos para que subsista. Es preciso, para justificar, ó al ménos para disculpar el absurdo, tener en cuenta las condiciones de carácter que el autor ha supuesto á Jaime, el cual pertenece á un si-

glo y á una época poco dados á la reflexion, espíritu vehemente y apasionado que siente mucho y piensa poco, y considerar que desde el instante en que obrara con cordura, por ejemplo, tratando de prevenirse y aprovecharse del sueño para ser feliz, como hace Segismundo, ya no sería un carácter, y el drama no tendría lugar. Otras diferencias ménos notables, si bien más marcadas, existen entre los dos personajes y las obras de que tratamos; el de Calderon es más dramático, obra como si soñara, y no duerme; Jaime duerme de una manera vulgar, y se comprende que crea estar dormido, cuando ve lo que sólo en sueños ha creído poder contemplar. *La vida es sueño* es una obra altamente moral que encierra una gran enseñanza, como es la de que hasta en sueños se debe obrar bien, toda vez que al despertar puede seguir el remordimiento; y es tal la vida humana, que no puede asegurarse cuándo se sueña ó se está despierto, que, como dice muy bien Segismundo: *La vida es sueño, y los sueños sueños son. Morir por no despertar* no contiene moralidad ni enseñanza alguna; *Echegaray*, al escribirla, solamente se ha propuesto crear belleza; pero una belleza falsa, aunque terrible, que, hiriendo fría y cruelmente la imaginacion, no deje tiempo á la inteligencia para rechazarla.

\*  
\* \*

*Bodas trágicas* es un cuadrillo dramático, escrito expresamente para la señora Civili; es un episodio hecho

para que una artista luzca sus dotes y facultades, y á cuyo talento está encomendado el hacer meritorio este capricho del autor. Ni el argumento reseñaremos porque es sobrado conocido, ni nos entretendremos en juzgarlo, pues su escasa importancia disculpa nuestra determinacion. Es no más que una composicion lírica en la que intervienen limitados personajes, y que no deja en el ánimo más que una impresion fugaz y pasajera; sin que esto quiera decir que carece de bellezas poéticas.